

Santiago, 8 de Mayo de 1974

Señor don
Gabriel Valdés
Nueva York.-

Estimado Gabriel:

Deliberadamente dejé pasar largo tiempo antes de contestar tu carta del 27 de Febrero. ¡Es tal el cúmulo de sus errores y afirmaciones falsas o absurdas, que llegué a creerla un momentáneo desvarío fruto de una explicable ofuscación.

Pensé que ya vendrías a Chile y aquí podríamos debatir detenida y razonablemente, con el ánimo de aclarar los hechos. Lamentablemente, no me diste esa oportunidad, porque en tu única visita al país después del golpe, el mes pasado, como personero de Naciones Unidas, tuviste tiempo para alternar con representantes del gobierno -de ese mismo gobierno al que tan duramente condenas-, para asistir a cocktails y reuniones oficiales y para provocar encuentros con algunos camaradas, pero te fuiste sin llamar siquiera a ninguno de los miembros de la Directiva de tu Partido.

La noticia de este hecho y de otras actuaciones tuyas, me han determinado a dirigirte la presente, en el ánimo de golpear tu conciencia y moverte a recapacitar con un mínimo de objetividad.

No quiero caer en la tentación de la polémica, ni seguirte en el camino fácil de erigirme en juez de los demás. Pero con la misma franqueza que tu invocas, no puedo ocultarte que te desconozco autoridad para darme lecciones de moral o de consecuencia política, ni menos para negarme la capacidad de representar los principios y el pensamiento de los demócrata-cristianos chilenos.

Durante los tres años de la U.P., tu no viviste

el drama de tus camaradas demócrata-cristianos. Y mientras miles de nuestros militantes sufrían persecuciones y amenazas en su hogar y en su trabajo, seis de ellos caían asesinados y más de setecientos heridos por la violencia del sectarismo desencadenado en contra nuestra, y diariamente nos atormentaba, como chilenos, la destrucción de que Chile estaba siendo víctima en sus instituciones, en su economía, en su convivencia y en su personalidad histórica, tu permanecías como espectador desde tu cómoda posición internacional. Y mientras nosotros nos jugamos enteros, junto a nuestras bases, sin rehuir riesgos, en la batalla ineludible de afirmar la verdad y defender nuestros principios, tu pasabas fugazmente, exponías amenas teorías y cultivabas la amistad precisamente con quienes más nos injuriaban.

Ahora tampoco estás en Chile. Y mientras nosotros vivimos las limitaciones y riesgos propios de la dictadura, y tratamos de hacer aquí lo que, dentro de las circunstancias, sea más eficaz para proteger los derechos humanos, defender a los trabajadores y abrir camino hacia la democracia, tu te paseas por el mundo rasgando vestiduras, en actitud de severo censor de tus camaradas y de amistosa complacencia con quienes nos denigran y fueron los verdaderos responsables de la tragedia de Chile.

¿Has pensado en esto, Gabriel?. ¿Formulaste alguna vez alguna proposición seria sobre qué deberíamos hacer, distinto de los que hicimos, ante el gobierno de Allende?. ¿Qué cosa concreta harías tú, en mi caso, aquí y ahora? ¿Sabes algo de lo que realmente piensan y quieren nuestras bases?. ¿Te has preguntado si estás dispuesto a cambiar tu cargo por el mío?.

Cuando llegue el momento de hacer el balance de lo ocurrido, aquellos hechos y estas preguntas deberán también tenerse en cuenta.

Prescindiendo, por ahora, de lo anterior y entrando al fondo del asunto, lo primero que resalta en tu enjuiciamiento es el empeño expreso de rehuir toda consideración sobre lo que pasaba en Chile antes del 11 de Septiembre, salvo para acusarnos de "oposición sin escrúpulos", entreguismo

a la derecha y sujeción de nuestra conducta a una imaginaria tesis: "militares a corto plazo, D.C. a largo plazo".

¡Nada más injusto y falto de fundamento!

No se necesita haber vivido aquí para comprender que lo sucedido en Chile fué la consecuencia fatal de la política llevada a cabo por la U.P. en sus tres años de gobierno y de su obcecada negativa a ninguna rectificación.

En vista del resultado de la elección de 1970, el gobierno de Allende tenía dos estrategias posibles: buscar un consenso mayoritario para cumplir democráticamente su tarea de socialización de la estructuras económico-sociales, o usar arbitrariamente todos los medios a su alcance para lograr el "poder total" y la consiguiente imposición de su modelo minoritario.

Cualesquiera que haya sido la sinceridad de Allende en su planteamiento sobre "el camino chileno hacia el socialismo, en democracia, pluralismo y libertad", lo cierto es que su gobierno optó en el hecho por la otra estrategia. No buscó el consenso, sino el "poder total". Eso es lo que explícitamente proclamaban el P.S. y el P.C. los dos puntales del régimen, con el declarado apoyo del MAPU. Eso es lo que en la práctica intentó, por todos los recursos que pudo: populismo demagógico, control sectario de los medios de comunicación, del sistema educacional, estatización indiscriminada y arbitraria de la economía, colectivización agraria, persecución administrativa, odiosa discriminación entre las organizaciones populares, menosprecio al Congreso Nacional y al régimen jurídico, presión sobre la gente por el estómago, amparo a la violencia y al establecimiento de un sedicente "poder popular" contrapuesto al "institucional", etc. etc.

¿Qué mejor prueba de esa conducta que la actitud de Allende y su gobierno frente a la D.C.? Después que nosotros lo elejimos con todos nuestros votos en el Congreso Pleno, sin otra condición que el Estatuto de Garantías Democráticas, y luego lo ayudamos lealmente a despachar sus Primeras Leyes, especialmente la Reforma Constitucional sobre nacionalización del Cobre. ¿Cómo se nos respondió?. Engañándonos mil veces, injuriam

donos vilmente, persiguiendo con saña a nuestra gente en la administración, en las organizaciones sindicales, campesinas y poblacionales, en las Universidades y liceos, desconociendo y atropellando a cada instante las garantías prometidas, poniendo el máximo empeño en dividirnos y destruirnos.

Tu no puedes ignorar las múltiples gestiones de las directivas de Irureta y de Fuentealba para buscar formas de entendimiento y aún colaboración, y el rechazo que en definitiva recibieron. Por algo Radomiro Tomic dijo públicamente, ya a mediados de 1971: "Debe ser claro para todos que si el gobierno prefiere que la D.C. esté en la Oposición, el P.D.C. estará en la Oposición y hará oposición en forma leal pero resuelta. Que la Unidad del Pueblo sea imperativo patriótico y una exigencia indispensable para cualquier proceso revolucionario dentro de la actual realidad chilena, no puede significar en ninguna circunstancia que la D.C. "se haga el harakiri" y se resigne a bien morir porque así lo desea la U.P."

Empujados así hacia la Oposición, naturalmente no pudimos rehuir coincidencias con la derecha y aún nos vimos en la necesidad, para ser eficaces y también por instinto de conservación, de coordinar algunas acciones y de sumar fuerzas en los eventos electorales.

Necesario es recordar, para determinar su verdadero alcance, que todo esto ocurrió bajo las presidencias -tan poco sospechosas de "derechismo"- de Irureta y de Fuentealba, y con el apoyo prácticamente unánime del Partido. Y aunque el gobierno en su afán de dividirnos, se empeñó sistemáticamente en proyectar esos hechos como "entrega a la derecha" -tesis acogida en su tiempo por Parra, Badilla y Cía. y enérgicamente rechazada por Fuentealba, Leighton y Tomic, pero que tu ahora revives-, lo cierto es que siempre mantuvimos nuestra independencia y personalidad, luchamos por nuestros propios principios y rechazamos servir los objetivos de la derecha.

¿Puede seriamente calificarse de "sin escrúpulos" una oposición como la nuestra que hasta el último día rechazó las soluciones de fuerza y buscó caminos de solución democrática?. No

solo Irureta y Fuentealba; también yo. Fue yo quien, a mediados de Agosto, rechazé públicamente el cuadrillazo de las mujeres gremialistas que pedían la "inhabilidad de Allende" como medio de echarlo. Y a tí te consta, porque conversamos esos días, el buen espíritu con que Olguin y yo acudimos al diálogo que promovió el Cardenal, sin otros planteamientos que los unánimemente es timados como indispensables por el Consejo Nacional del Partido.

Tu estabas muy impresionado con la congoja de Allende porque su concurrencia a ese diálogo le significaba la ruptura con su partido. Pero recordarás que postergó las conver saciones desde el Miércoles 25 hasta el Lunes 30 de Julio, pre cisamente para darse tiempo a fin de superar sus problemas con el P.S. Y lo consiguió, puesto que Almeida participó en el diálogo, pero sin duda al precio de no aceptar ninguno de nuestros plantea mientos, como lamentablemente sucedió.

Y aún después de eso, no rehuimos ningún esfuer zo, aún contrariando a la opinión pública y el sentimiento de nues tras propias bases, por facilitar la solución de los problemas que dividían tan agudamente al país, aliviar la tensión y salvar el régimen democrático y al propio Presidente. El Cardenal es testigo de mi conversación con Allende el 17 de Agosto y a ese siguieron otros empeños igualmente infructuosos.

Tengo, Gabriel, mi conciencia muy tranquila a este respecto, y no puedo aceptar de nadie tu imputación ligera y atroz mente injusta de haber realizado una oposición "sin escrúpulos, sin parar mientes en las consecuencias". Ninguna Directiva del Partido lo hizo, pero bueno es recordarte que fué Fuentealba, no yo, quien planteó públicamente en un discurso la renuncia de Allen de y quien, ante los ataques de que éramos objeto, afirmó enfática mente: "si quieren guerra, tendrán guerra". Pero ni Fuentealba, ni yo, ni ningún otro dirigente, merece esa acusación tuya que en su oportunidad no te atreviste a formularnos y que ahora resulta solo una injuria gratuita.

Como es injuriosa y torpe tu suposición de esa ima ginaria tesis que nos atribuyes: "militares a corto plazo, D.C. a largo plazo". ¿De donde sacaste eso?. Jamás oí nada semejante en ningún organismo del Partido ni a ningún dirigente. Por el contrario,

hasta el último día nuestros mayores esfuerzos estuvieron encaminados a convencer al Presidente de la necesidad de que rectificara rumbos, precisamente para salvar el régimen constitucional y prevenir los peligros de guerra civil o dictadura.

Nos acusan de "reconocer la necesidad de la dictadura", lo que nos inhabilitaría para "reclamar por los demás aspectos consiguientes".

Reconocemos el hecho de la dictadura y de su advenimiento como desenlace inevitable del caos político, económico y social a que condujo al país el gobierno de la U.P. Nos guste o no, es una realidad. Y en política, como en todas las cosas de la vida, lo peor es cerrar los ojos a la realidad.

¿Podemos negar que la abrumadora mayoría de los chilenos quisieron esta dictadura y que todavía son más lo que, a pesar de todo la prefieren?

Más aún: por muy libertarios que seamos, no podemos -en conciencia- desconocer que en las actuales circunstancias no sería posible entre nosotros un gobierno democrático y que el vacío de poder político, la crisis institucional, el desastre económico y la desintegración social, hacen necesario un período de "dictadura", en el sentido de gobierno de emergencia dotado de plenos poderes, tal como lo entendían los romanos.

Pero reconocer esta realidad no implica aceptar la violación de derechos humanos ni el sacrificio de los trabajadores en provecho de los capitalistas. Por eso los Obispos, en su reciente Documento, que tú sin duda has celebrado tanto como nosotros, sin desconocer la autoridad de "este" gobierno, le representen el problema de los derechos humanos y la situación de los trabajadores. Lo mismo que nosotros hicimos en nuestra carta del 18 de Enero.

Lanzado en la pendiente de los calificativos con denatorios y sobre la base de interpretar a tu manera mi relato sobre la entrevista con Bonilla, nos acusan de "sumisión inconcebible". ¿De dónde sacas eso?. ¿Quién te dijo que no defendí como correspondía a Ignacio Echeverría?. Si tienes alguna preocupación

por la verdad deberás reconocer que si en estos duros meses ha habido en Chile amparo para los que sufren, defensa de los derechos conculcados, apoyo a los más débiles -en hechos y no meramente en palabras- ello ha provenido principalmente de la Iglesia Católica y de la Democracia Cristiana, este Partido tuyo al que falsamente crees "vencido por dentro", con el alma y el cuerpo perdidos "sin pena ni gloria".

¡Te equivocas, Gabriel !. Nuestra actitud no ha sido de sumisión. Nadie aquí, sabiendo lo que pasa, puede creer lo honestamente. No hemos protagonizado rebeldías teatrales que serían simplemente suicidas e inútiles; pero hemos expuesto francamente nuestras críticas, afirmando sin ambages nuestros principios, soportando con entereza y dignamente la desconfianza y hostilidad de que se nos hace objeto y demostrando a cada instante nuestro "espinazo duro" de siempre. ¡Por algo los facistas se empeñan tanto en destruirnos !. ¡Por algo solemos suscitar las iras de algunos poderosos !. ¡Por algo los que quieren eternizar la dictadura, insisten tanto en mantener el receso de los Partidos !.

Todos en Chile, los que estamos dando la cara y luchando día a día, sabemos que el receso político se dirige fundamentalmente contra la D.C. ¡Vaya novedad que nos dices !. Pero si alguien ha dicho, como aseveras, que esto lo merecía la D.C., no puedo atribuirlo sino a ignorancia o maldad !.

Tú no tienes derecho a invocar contra nosotros la "mala imagen" internacional conque procuras abrumarnos, porque en vez de procurar corregirla -como es tu deber y el respeto a la verdad y a la justicia te lo exigen- eres de los que contribuyen a crearla. No te acuso de ello sin antecedentes. En mi viaje por Europa y en conversaciones con amigos extranjeros que nos han visitado, me ha tocado refutar muchas falsas imágenes que tenían origen en informaciones tuyas. ¡Más de algún detractor de la D.C. chilena me invocó tu testimonio !.

¡Cómo se conoce que llevas cuatro años fuera de Chile e ignoras lo que es la realidad de tu partido, encarnada en la lucha diaria de tus camaradas!. ¡La D.C. no ha vendido el alma, ni su cuerpo está deshecho, ni está vencida por dentro !. Está entera, viva en alma y cuerpo, en el espíritu y en la conducta de sus verdaderos militantes, que a pesar de las limitaciones y riesgos, mantienen la unidad de la familia demócrata cristiana y, fie

les a nuestros principios de siempre, aún sin orientaciones superiores, piensan y actúan de la misma manera de uno a otro extremo del país.

Sin duda hay camaradas que han desertado. ¡Algunos para acomodarse!. ¡Otros empujados por el derrotismo!. Pero no son* muchos ni muy representativos. Los más y los mejores permanecen fieles, entienden que nuestra tarea es recuperar a Chile para su tradición democrática y piensan que esta tarea nos requiere unidos.

En esto está precisamente el Partido, estudiando, trabajando y luchando, no con palabras sino con riesgos y realidades. Y quienes tenemos la responsabilidad de dirigirlo -dura carga de cuyo ejercicio no podemos excusarnos- sabemos muy bien que esta tarea nos exige consecuencia con nuestros principios a la vez que realismo, coraje al mismo tiempo que prudencia (en el sentido teológico de la palabra) y, por encima de todo, honestidad, para no confundir la verdad con nuestros personales pareceres, ni el bien de Chile con nuestros prejuicios o intereses.

Si todos estamos de acuerdo en que nuestra tarea es reconstruir la Democracia en Chile, debemos buscar en conjunto el camino más eficaz para alcanzar esa meta. No lo conseguiremos si actuamos movidos por reacciones temperamentales, simpatías o antipatías, esquemas simplistas o estados depresivos. Solo podemos tener éxito si hacemos un esfuerzo serio, racional y fraternal por encontrar ese camino.

Es lo que la Directiva está tratando de hacer, en el ánimo de provocar un consenso que interprete verdaderamente nuestros principios doctrinarios, la aspiración de nuestra gente y nuestra responsabilidad histórica con Chile.

Tenemos la conciencia de que un P.D.C. fuerte, con autoridad moral y racionalidad política, es un elemento indispensable para que vuelva la democracia a Chile. Por eso discrepo de tu opinión en orden a que después del 11 de Septiembre debiéramos haberla defendido "incluso a costa de la destrucción" del Partido. Sin perjuicio de afrontar los riesgos inherentes a la situación, creemos nuestro deber hacer todo lo posible por salvar la existencía e integridad de nuestro Partido como el mejor instrumento para la restauración democrática.

Por la misma causa, y también por razones de principio, rechazo tu afirmación a priori de que esa tarea esté condicionada "al entendimiento con quienes sufrieron primero", sugerencia que la mayoría de los chilenos --incluso nuestras bases-- entenderían como arreglo oportunista con los responsables de la catástrofe y que, de intentarse, alejaría quizás por cuanto tiempo las posibilidades del retorno democrático.

Por análogas razones, no puedo tampoco aceptar tus planteamientos sobre "empecinamiento antimarxista" y sobre "derechistas e izquierdistas" dentro del Partido.

Nada te autoriza para acusarme de haber actuado en función de las posiciones, la estrategia y "los intereses" de la "derecha del Partido". Jamás he guiado mi conducta pública por otro móvil que el de servir a Chile y a su pueblo del modo que mi conciencia de demócrata-cristiano me dicta como mejor.

En la D.C., el único patrón válido para juzgar nuestra conducta es la consecuencia de nuestros actos y nuestras vidas con los principios del Humanismo Cristiano, que constituyen nuestra razón de ser. Tratar de medirnos en función de "marxismo" o "antimarxismo" es distorsionar la esencia del Partido y fomentar nuestra auto-destrucción.

Finalmente, la experiencia nos enseña a donde conduce el afán de calificarnos unos a otros de "izquierdistas" o "derechistas". En él se han incubado todos los intentos divisionistas del Partido. La "limpieza frontal" que preconizas, hecha con ese criterio y no con el de lealtad a los principios demócrata-cristianos, solo podría conducir a la destrucción de la D.C.

Felizmente, puedo aseverarte que --aunque no lo creas-- el Partido está más unido que nunca. Unido en la dura prueba porque atraviesa, en la persecución que antes sufrieron y ahora su fren muchos camaradas, en el común dolor ante lo que ha ocurrido, en la fe en nuestros comunes ideales de justicia y libertad, y en la conciencia de la tarea común que tenemos por delante.

Te he escrito, Gabriel, con más paciencia de la que tu carta merecía, procurando sobreponerme a su injusticia para llamarte a una reflexión serena. Espero que ella te conduzca a aportar con generosidad tu cooperación a la tarea común, en vez de ponerle piedras en el camino.

Te saluda tu camarada

Patricio Aylwin Azócar

www.archivopatricioaylwin.cl